

Al encontrar colocada  
Una copa de aguamiel,  
La misma copa era aquella  
En que rendido y sediento  
Bebió por cobrar aliento  
Su propia muerte Aguilar,  
Cubrió de la dama bella  
Frio sudor el semblante  
Y mandó de allí delante  
La infausta copa quitar.  
Largo tiempo su mirada  
Sin alzar del suelo estuvo,  
Mas cuando temblando hubo  
De levantarla Isabel,  
Con terrífica sorpresa  
Vió, cual antes colocada  
En el centro de la mesa  
Una copa de aguamiel.  
Y dos y hasta cuatro veces  
De allí mandó retirarla,  
Y siempre tornó á mirarla,  
Sin poderla echar de sí.

Y de su crimen las heces  
Del alma al labio vinieron,  
Y sus labios maldijeron,  
Y siempre la copa allí.  
Con la impres'on destructora  
Del repetido martirio,  
Desesperado delirio  
De Isabel se apoderó,  
Y cediendo á la roedora  
Tenacidad del tormento,  
Por el duro pavimento  
Cual maza inerte rodó  
Y nunca desde aquel día,  
Como memoria sombría  
De su criminal empresa,  
Dejó de ver Isabel,  
Ya camine á la ventura,  
Ya se encierre en su clausura,  
En el centro de su mesa  
Una copa de aguamiel.

FEDERICO BELLO.

## FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO.

### I.

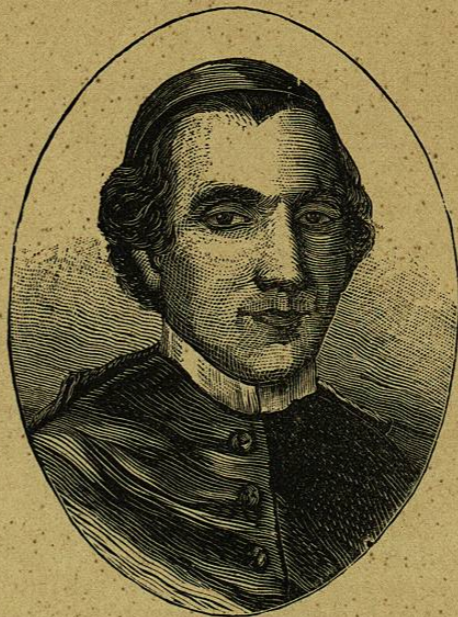
Una nacion adquiere el título de ilustrada por los hechos de sus hijos que con sus obras han contribuido al progreso de la humanidad. — México, á pesar de sus infortunios, puede presentar ante el mundo civilizado, un catálogo nada reducido, de personajes ilustres, que poseyendo como bienes principales sus libros y entre sus más apreciables dones su inteligencia han producido obras de gran mérito, en distintos ramos de los conocimientos humanos.

Una de nuestras glorias más puras es sin contradiccion la del gran historiador el abate Francisco Javier Clavijero; pero ántes de tratar acerca de tan ilustre escritor, conviene echar una rápida ojeada hácia los primeros años de la conquista.

La destruccion de los documentos indígenas, consiguiente al espíritu religioso de los conquistadores, diametralmente opuesto al de los indígenas, en su moral, prácticas y ceremonias, hubiera sido de fatales consecuencias para la historia, sin la intervencion de los primeros apóstoles del cristianismo en

el Nuevo Mundo, quienes con una firmeza extraordinaria, con erudicion é inteligencia suma, no solamente rehicieron esos documentos, por medio de los más útiles y constantes trabajos, sino que reuniendo las tradiciones y acopiando datos y relaciones auténticas dieron forma á la historia del pueblo vencido, al mismo tiempo que atendian á la instruccion y al bienestar de los indígenas; de suerte que si éstos, por el extremado amor y caridad de los misioneros, tuvieron en ellos sus más insignes protectores, la nacion que brotó de las ruinas de la monarquía azteca, les debe su historia.

Sahagun, Mendieta, Motolinia, Las Casas, Duran, Betancourt, Beaumont, Torquemada y otros muchos religiosos, llevaron su celo hasta el punto de aprender los idiomas indígenas, impulsados por dos sentimientos á cual más digno y meritorio: una para facilitar más la conversion de los indígenas á la civilizadora religion del cristianismo; otra para inquirir la verdad histórica oyendo la voz más autorizada de los indios contemporáneos, obteniendo de ellos la narracion de sus tradiciones y la explicacion de los geroglíficos, de su sistema



D. Francisco Javier Clavijero.

[Historiador Mexicano.]

Nació en Veracruz el 9 de Setiembre de 1731.—Murió en Bolonia en 1787.

para el cómputo del templo, de sus ritos, fiestas y ceremonias, y de todo cuanto á su sociedad se refería, y solo así se comprende cómo esos religiosos pudieron legarnos obras de tan relevante mérito, de las cuales han nacido otras igualmente apreciables.

La ilustración de los misioneros fué por ellos mismos transmitida á muchos indígenas, quienes adquirieron tan grande erudición, conocimientos tales, que también escribieron obras de mucha importancia, las cuales unidas á las de sus maestros, constituyen las verdaderas fuentes de la historia mexicana, debiendo citar entre dichos indígenas á Don Fernando de Alba Ixtlilxochitl, Don Hernando Alvaro Tezozomoc y Don Domingo de San Anton Muñoz Chimalpain.

La misma causa que determinó la destrucción de documentos arqueológicos reconocía algunos errores consignados y repetidos en las diferentes obras de los misioneros y demás historiadores, con inducción de los del siglo XVII y XVIII, como Sigüenza y Góngora y Clavijero, quienes dieron á algunas de las pinturas aztecas una interpretación muy verosímil, y que por otra parte, se hallaba en consonancia con los textos de las sagradas escrituras. Una de esas pinturas era la que representa la peregrinación azteca, la cual por sus figuras ideográficas, se prestaba maravillosamente á esa interpretación, pues el agua en ella, representada con las figuras humanas sumergidas, la flotante barca, el árbol en el cual se ve una ave de cuyo pico salen unas comas en forma de lenguas; el grupo de hombres que se detiene primero delante de dicha ave, y se alejan después, en contraria dirección, todo esto hacía suponer, con apariencias de verdad, y más teniéndose en cuenta la dificultad que ofrece la lectura geroglífica, que en aquella pintura los aztecas consignaban la idea del diluvio universal, la salvación de los que sobrevivieron á la catástrofe, la montaña donde descansó el arca, la confusión de las lenguas y la dispersión de los hombres, algunos de los cuales vinieron á poblar estas regiones.

Natural era que esta interpretación subsistiera por mucho tiempo y fuera aceptada por los más sábios escritores que en distintas épocas han florecido,

contándose entre ellos el ilustre Humboldt, entre tanto no apareciese algún estudio que viniese á dar la solución y fijar las ideas que realmente representa aquel cuadro histórico geroglífico. El Sr. D. José Fernando Ramírez, que á su clara inteligencia reunía la mayor perseverancia y un profundo conocimiento de nuestra historia, demostró que la susodicha pintura, cuyo original desgraciadamente ha desaparecido del Museo, según se me ha informado, es un cuadro odográfico en el que están señalados con sus correspondientes geroglíficos, los lugares que tocaron las quince tribus aztecas que se resolvieron á abandonar el lago de Chalco y que después de muchos años de recorrer el Valle de México en todas direcciones, hicieron alto en Chapultepec, de donde fueron expulsados, á causa de su genio turbulento y belicoso, refugiándose en el gran lago salado (hoy de Texcoco) en donde algún tiempo después de rendir sus tributos al rey de Acolloacan, edificaron la gran Tenochtitlan y pusieron los fundamentos de su poderosa monarquía.

Estos errores casi como otros que pudiera señalar, admitidos por unos y reproducidos por otros, en nada menguan el mérito de nuestros primeros historiadores, porque al lado de aquellos, resaltan las ingenuas relaciones y datos de gran valor, cualidades por las que sus obras son y serán siempre consideradas como las verdaderas fuentes de la historia.

## II.

El abate Francisco Javier Clavijero, ilustre Mexicano nacido en la ciudad de Veracruz el día 9 de Setiembre de 1731, bebió en esas fuentes pero tomó de ellas el agua más pura. Hijo de D. Blas Clavijero, hombre noble y distinguido por su ilustración y de Doña Francisca Echagaray también de ilustre linaje, recibió la más esmerada educación, aprendiendo durante su niñez idiomas europeos é indígenas debiendo éstos prestarle más tarde, eficaz ayuda, para escribir su obra monumental. La hermosa é ilustrada Puebla de los Angeles tuvo la honra de desarrollar la inteligencia del adolescente Clavijero, enriqueciéndola con los más útiles conocimientos, y de verle ingresar á tan esclarecido Varón en el Colegio del

templo de la Compañía después de haber ejercido su noviciado en el Convento de Jesuitas de Tepotzotlan. En el expresado colegio, y bajo la dirección de un jesuita alemán, dió más ensanche á sus conocimientos y allí estudió las obras clásicas de literatura, ciencias y filosofía moderna, y humanidades, perfeccionándose en los idiomas europeos é indígenas.

Vémosle después aparecer como prefecto en el Colegio de San Ildefonso de México, intentando reformar los estudios con el ánimo de elevar dicho plantel al nivel de los de Roma; más habiéndose adelantado demasiado á su época no pudo realizar sus propósitos y fué relevado de su encargo á petición suya. Sucesivamente pasó á los Colegios de Valladolid y Guadalajara en los cuales enseñó entre otras materias, la filosofía sin apartarse de los últimos descubrimientos de la física y matemáticas, pero con tal prudencia que sus lecciones merecieron la aprobación del provincial Cevallos, visitador de estudios.

Después de haber enseñado con igual solicitud, en diversos Colegios de su órden, de instruir á los indios y de aplicarse con especialidad á los estudios históricos y á la literatura Sagrada y profana, fué desterrado del país, con motivo de la extinción de la Compañía de Jesús, en 1767, expulsión que por igual causa alcanzó, entre otros, al muy digno mexicano y no ménos ilustre, el autor de la Historia de los Jesuitas y la magnífica traducción de la Iliada de Homero, el Padre Francisco Javier Alegre, nacido como Clavijero en Veracruz y muerto como él en Bolonia.

El abate Clavijero se trasladó á Italia, permaneciendo algun tiempo en Ferrara, donde el ilustrado Conde Aquiles Crespo le franqueó su casa y biblioteca y radicándose definitivamente en Bolonia, fundó allí una academia literaria que recibió el nombre de *Casa de Sabiduría*, por los personajes ilustres que congregaba, así mexicanos como italianos; y emprendió, para servir á su patria y evitar una ociosidad enojosa y culpable á que se hallaba condenado, según sus propias expresiones, su famosa historia de México, sirviéndose, al efecto, de su propio caudal y del que le proporcionaron, con sus apreciables manuscritos, las bibliotecas de Ferrara, Modena y Bolonia.

La obra "*Storia antica del Messico*" publicada en italiano, es y será un bello monumento de honra eterna para las letras mexicanas. Todo cuanto abarcaron en sus estimables obras los primitivos historiadores comprende la de Clavijero; pero conforme á un plan bien concebido y meditado, dando á conocer primero las condiciones físicas y producciones del territorio mexicano, llamando la atención sobre los ejemplares típicos de los vegetales y animales, prosiguiendo con la etnografía y divisiones políticas del Anáhuac, para tratar después de la relación histórica, sujeta á un sano juicio é imparcial criterio, rectificando los puntos cronológicos así como varios errores consignados en los libros que precedieron al suyo, el cual por tan apreciables condiciones debe reputarse, en su género, como una obra modelo y verdaderamente clásica.

### III.

Antes hemos hecho notar los errores transmitidos de unos á otros historiadores, y de los cuales participó el mismo Clavijero, pero así como dichas faltas en nada menguan el mérito de aquellos, tampoco pueden servir de desdoro á la inmortal obra del abate quien si lamentó la destrucción de documentos históricos llevada á efecto en los primeros años de la conquista no fué desconociendo el mérito de los primeros escritores que rehicieron con sus obras los monumentos de la historia y de quienes él mismo hace el más cumplido elogio, sino considerando la utilidad que le habrían prestado algunos de aquellos documentos, según los adelantos de la época, para rectificar, esclarecer, explicar ó aumentar las antiguas relaciones.

Además de la Historia antigua de México, de la cual se han publicado dos traducciones en castellano, una de D. José Joaquín de Mora y otra de D. Manuel Troncoso y Buenvecino, con notas eruditas del Obispo de Puebla, el Illmo. Sr. Francisco Pablo Vazquez; Clavijero escribió también en italiano la historia de la antigua ó baja California que fué publicada en México, traducida al castellano por Don Nicolás García de San Vicente también escribió una historia de Nuestra Señora de Guadalupe, la doctrina ecristiana y va-

rias oraciones, coleccionadas en diferentes idiomas indígenas é importantes y luminosas disertaciones sobre los siguientes asuntos: La tierra, los animales y los habitantes de México.—Sobre el origen de la población de América y particularmente de la de México.—Principales épocas de la historia de México.—Sobre el terreno de México.—Constitución física y moral de los mexicanos.—Cultura de los mexicanos.—Confines y población de los reinos de Acolhuacan.—Religion de los Mexicanos.—Origen del mal venéreo.

El mérito de Clavijero resalta más por su acendrado patriotismo demostrado con sus escritos para vindicar á sus compatriotas de las inculpaciones de Robertson, Raynal y de Paw, según testimonio del mismo Prescott y por los términos en que se halla concebida la dedicatoria de su grande obra, á la Universidad de México.

Después de una vida laboriosa, de vicisitudes y de acerbos pesares que le ocasionó el destierro, fué acometido el ilustre historiador mexicano de una enfermedad que lo llevó al sepulcro, en Bolonia, el 2 de Abril 1787.

El Sr. D. Agustín A. Franco, quien durante su permanencia en Roma trató de recoger noticias relativas á los esclarecidos mexicanos que á causa de la expatriación de los Jesuitas, se radicaron en Italia, remitió entre otros documentos la siguiente carta en la cual consta la partida de la muerte é inhumación de nuestro insigne historiador.

"Claro Señor y amigo.—Persiceto, Enero 17 de 1859.—En el archivo de la exparroquia de San Cosme y San Damiano en Bolonia, actualmente en poder del Párroco de San Próculo, se lee la siguiente partida del fallecimiento y entierro del P. Clavijero.

"Die 2 Aprilis 1787.—R. D. Franciscus Xaverius, filius legitimus Joannis Clavijero, ex extincta societate, natus in civitate dicta Vera Cruz in Mexico, ann 55 mens 6., consuetis omnibus extremis Sacramentis munitus, hora 21 hujus diei, obiit in Communione S. M. E. reliquens mœstissimum fratrem R. D. Ignatium, qui solemniter munera eidem exhibenda curavit. Corpus ejus sequenti vespere é primo Palatio Quagnani in via Castilionis cum funebri pompa ad Parœciam hanc delatum,

postquam sequenti mane, pluribus sacrificiis in ejus animæ expiationem celebratis, solennes exequiæ habitæ fuerunt, sepulchro in eadem Parochiali Ecclesia consignandum statutum fuerat, petentibus vero Fratris nomine quibusdam extinctæ societatis ad Ecclesiam Sanctæ Lucæ inter tenebras delatum fuit.—*Emilianus Cattani*.—Porochus."

"El palacio *Quagnani*, mencionado en la partida, se llama actualmente *Spada*; y la parroquia es la extinguida de San Cosme y San Damiano.

"En el Diccionario histórico francés, tomo 3 de la edición de 1821, pág. 127, se dice que Clavijero murió en Cesena, en Octubre de 1793; pero es absolutamente falso, como se vé por los documentos que estas y otras mias le he remitido.

"En espera de nuevas órdenes de vd. créame siempre dispuesto á servirle como su atento servidor.—*Juan Francisco Rambelli*."

"En virtud de esta carta, continúa el Sr. Franco, procuré saber si los restos del P. Clavijero estaban en lugar separado; pero la respuesta ha sido que fué sepultado en el sepulcro comun de los padres de la Compañía. Acaso habria yo podido lograr el permiso de colocar en la iglesia una lápida ú otro monumento dedicado á su memoria, más no he querido hacerlo por carecer de lo necesario para cubrir los gastos.—Muy grato me sería que la lectura de estos renglones inspirase á alguno de mis compatriotas la idea de sufragar el costo de este monumento al historiador de México. Doscientos pesos bastarian acaso para que nuestra patria erigiera un recuerdo de gratitud á la memoria de uno de sus hombres ilustres, muerto en el suelo extranjero.—Roma, Mayo 18 de 1860.—*Agustín A. Franco*."

Por estos documentos aparece que las veneradas cenizas del abate Clavijero se hallan confundidas con las de los demás padres de la Compañía; mas los informes dados á nuestro ilustrado compatriota el Sr. Franco, no deben ser enteramente ciertos, puesto que posteriormente otro distinguido mexicano, el Sr. D. José María Lafragua, cuya pérdida también lamentamos, durante su permanencia en Italia, movido por un sentimiento patriótico, hizo co-

locar una lápida en el sepulcro de nuestro eminente historiador.

El Illmo. Sr. Arzobispo de México se ha dignado acoger una solicitud mía, á fin de inquirir por medio de una informacion, si existe ó no en la mencionada parroquia de Bolonia el Sepulcro del P. Clavijero, á fin de que si es aquella afirmativa, como lo espero, puedan tomarse las providencias nece-

sarias para hacer trasladar á la patria las cenizas de un mexicano cuyo nombre debe enorgullecer á la nacion, contándolo entre sus hijos más ilustres.

México, 12 de Diciembre de 1886.

ANTONIO GARCIA CUBAS.

(Escrito para este Almanaque).

## A un crimen, otro mayor.

### I.

Vivia á mediados del siglo XVIII en una casa vieja y desmantelada de la calle de Zuleta, que ántes era de la Celdada, un comerciante en comestibles, hombre de edad madura y de buenas costumbres, aunque avaro y codicioso. Juan Avendaño, que así se llamaba, estaba casado con una mujer de muchos menos años que él, y más amiga de holgorios y fandangos que de cuidar de su casa y de su único vástago. Era este una muchacha entrada apenas en los albores de la juventud, vivaracha y pizpireta si las hay, y que con su donaire y travesura le quitaba el sueño á más de un enamorado mancebo.

Solía Avendaño ir á Veracruz cada dos ó tres años para comprar mercancías, y el 7 de Enero de 1736 hizo un lío con tres ó cuatro mudas de ropa, despidióse de su mujer y de su hija, y ginete en una mula paciente y fuerte, aunque nada lozana, le vieron los vecinos madrugadores salir de su casa cuando amanecía, y tomar el rumbo de la garita de San Lázaro con un mocetón de veinte abriles que le servía, ya en el mostrador vendiendo cominos y azafrán, ya en los caminos cuidándole las espaldas de pícaros y ladrones, que no escaseaban los salteadores, ni escasearon despues hasta que los exterminó el segundo conde de Revillagigedo.

La tarde que precedió al día de su partida, llamó Avendaño á su esposa; y encerrándose con ella en el dormitorio en que ambos descansaban de las fatigas del día, la mandó que le ayudara á contar su caudal que tenía en una caja de hierro debajo de la cama. La esposa obedeció de mal talante, porque hacía muchos días que en un baile de compadres que aquella noche de Reyes se daba, tenía fijo el pensamiento, prometiéndose lucir en él, su gracia y su gentileza, realzándolas algunos trapillos que se había comprado con sus ahorros. Abrió Avendaño la caja, sacó de ella una bolsa de cuero sellada y ceñida de una cuerda, que no era poco desconfiado el buen comerciante, y dentro de la bolsa vió que había hasta quinientas onzas de oro, más ocho doblones nuevecitos y relucientes como estrellas, que volvió á dejar en la caja, guardándose la llave.

### II.

Duró la ausencia de Avendaño más de un mes, que no era tan fácil en aquel tiempo como lo es ahora con los ferrocarriles, caminar dos veces las cien leguas que separan á México del puerto; y lo primero que pensó al llegar á su casa, despues de abrazar á sus familiares, fué en ver su tesoro, que quería más que á las niñas de sus ojos.

Contó el dinero en presencia de su

mujer, volvió á contarle; despues lanzó un rugido, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo; no había duda, faltaban seis onzas y dos doblones. ¡Le habían robado! Pálida como la muerte, trémula y con la mirada extrañada, su mujer no podía articular una sola palabra. ¿Quién había podido extraer el dinero de la bolsa, sellada, atada, encerrada en la caja, y para más seguridad, escondida en un rincón de la habitación más retirada de la casa?

No durmió aquella noche Avendaño, sino ántes bien, la pasó en vela dando vueltas en su cama, y haciendo esfuerzos de imaginación y vacilando mucho para hallar un rayo de luz que le iluminara en el oscuro é intrincado laberinto de sus dudas y de sus sospechas, hasta que al fin las concentró todas en Rosario, la jóven doncella de su esposa, á quien ésta había recogido desde niña.

Levantóse muy de mañana el comerciante el día siguiente, hizo llamar á Rosario, y sin preámbulos ni paños calientes, que no los usaba, la acusó del robo con duras palabras; más, calmándose un poco, y sin dar tiempo á que la jóven se repusiera del espanto de que estaba poseída, apeló despues á los halagos y á las promesas, ofreciéndole el perdón y el olvido de su falta si la confesaba y restituía el dinero. A todo esto, la jóven, entre lágrimas y sollozos, ponía por testigo de su inocencia al cielo, é invocaba á todos los santos, y como ni los halagos ni las amenazas bastaban á arrancarle la confesion de su culpa, el marido y la mujer la arrastraron hasta su cuarto para registrarla y dar con el cuerpo del delito.

En vano buscaron por más de una hora en los muebles y por todos los rincones donde podía estar escondido el dinero, y ya daban por perdida la tarea, cuando la mujer de Avendaño metió una mano en el bolsillo de un vestido viejo de Rosario que yacía en el suelo entre un monton formado con otros, y sacó un doblon nuevo, como los robados de la caja. Verlo, y caer Rosario de rodillas ante sus amos implorando la misericordia divina y renovando sus protestas de inocencia, fué obra de un instante; pero todos sus rue-

gos y sus lágrimas fueron inútiles. Hablaron con voz más poderosa en Avendaño la ira y la avaricia que la piedad, y diciendo juramentos y amenazas terribles encerró á Rosario en su propio cuarto.

### III.

No bien habían salido de aquel, la mujer quiso aplacar al marido, aconsejándole que fuera más humano, y que el castigo de Rosario se redujera á tenerla algunos días prisionera en su habitación; mas á Avendaño le pareció suave la pena, y el mismo día denunció el crimen á la justicia.

No pararon en súplicas y en consejos á su marido los esfuerzos de la mujer de Avendaño para salvar á Rosario. Llamó á la madre de la jóven, le contó lo que había sucedido, y se manifestó dispuesta á entregarle una cantidad igual á la robada para que la criada la devolviera á su señor. La pobre anciana aceptó el ofrecimiento con tiernas demostraciones de gratitud y de reconocimiento; corrió á ver á Avendaño, se arrojó á sus piés, y con frases entrecortadas por los gemidos, le dijo que ella tenía el dinero robado por su hija, que ésta confesaba su crimen y que en su nombre le pedía perdón.

Pero no lo hubo para aquella infortunada, víctima inocente de una falta ajena. Sordo el comerciante á todo lo que no fuera venganza, quiso llevar las cosas al último extremo, y en la tarde del mismo día, volvió á abrirse la puerta del cuarto de Rosario para dar paso al juez del crimen, hombre de alta estatura, flaco y nervudo; pelo de color incierto por la abundancia de las canas y la sobra de calvicie, y boca que en sus pliegues revelaba soberbia.

Cuando Rosario, con los ojos sin brillo, el cabello en desorden y la faz descolorida, se vió frente á frente de este personaje sombrío, creyó que su imaginación calenturienta la engañaba ó que era presa de un sueño aterrador; pero pronto se convenció de que no soñaba.

—¿Prometes decir verdad en todo lo que se te pregunte?—fué lo primero, que dijo el juez clavando una mirada glacial

en la joven; y habiendo ella contestado afirmativamente, agregó el magistrado:

—Está bien; pero ten entendido que si no dices la verdad, te haré azotar por mano del verdugo.

Al oír esa amenaza, se enrojeció el semblante de Rosario y sus ojos despidieron fuego; pero reprimiéndose ante el representante de la ley, se limitó á decir que era inocente.

Al estas palabras pronunciadas, ya no con timidez sino con noble orgullo, el juez hizo un gesto de desprecio.

—A mí no me engañas —dijo; te repito que te mando azotar si me andas con insolencias. Tú te has robado el dinero.....

La pobre joven, aterrada con esta amenaza, fijos los ojos, hundidos por sus padecimientos, en el rostro del juez, y creyendo que sonaba en sus oídos la tremenda trompeta del juicio final, nada respondió.

Interpretó el juez este silencio como una prueba de la culpabilidad de Rosario, y pasó á otra habitación á interrogar á la madre. Parecian inútiles más declaraciones con la confesión que la anciana le habia hecho á Avendaño; pero no obstante esto, el magistrado quiso oírla por sí mismo. La infeliz, como sucede con frecuencia á la gente ignorante y vulgar, creyó salvar á su hija recurriendo á la mentira, y arrepintiéndose de haber dicho al comerciante que Rosario era la autora del robo, declaró ante el juez que el doblon encontrado en el bolsillo de un vestido de su hija, se lo habia regalado el día de su cumpleaños. Si alguna duda tenia el representante de la ley de la culpabilidad de Rosario, aquellas palabras acabaron de disiparla. Irritado, le echó en cara á la anciana la complicidad con su hija, y dijo que su declaración no estaba de acuerdo con lo que le habia dicho á su amo. No pudo ni supo decir nada á esto la madre de Rosario, y el juez ordenó que las dos fueran careadas. Cuando su propia madre sostuvo ante la justicia que el doblon era un regalo, la joven casi perdió el juicio, y lo negó enérgicamente á pesar de que la autora de sus días la instaba á que dijera la verdad.

¡La verdad! Cerradle á una infeliz todo camino de salvación; contrariadla en todos sus instintos naturales, y veréis cómo su espíritu se abate, su fé se disipa y sus fuerzas se aniquilan.

Esto le sucedió á Rosario. Desmeledada, medio desnuda, con la mirada sin brillo, dejóse llevar por dos alguaciles, desfallecida y llena de angustia sin oponer resistencia ni exhalar una sola queja. A las oraciones de la noche, los chirridos de los cerrojos de un calabozo de la Acordada y de sus ferradas puertas, anunciaron que una presa entraba en el departamento destinado á las mujeres.

.....  
Algunos meses pasaron ántes de que Rosario volviera á ver la luz del día, que no penetraba en su calabozo; y cuando volvió á verla, la de su inteligencia se habia apagado!

#### IV.

A las diez de la mañana de un día de Noviembre del mismo año en que pasaba lo que hemos referido, se encontraron en la calle Avendaño y el juez.

—Por fin se decide á confesar?— dijo el primero.

—¡Qué ha de confesar! Hoy mismo la llevan á la casa de Orates.

—Está loca?

—Sí, y le ha dado la manía de creerse en su casa tranquila y contenta. Habla sin cesar de que va á ahorrar del producto de su trabajo una cantidad para que su madre viva el resto de sus días feliz y descansada; dice que no le gustan ya sus vestidos viejos y que va á comprar uno nuevo con un doblon que tiene guardado; echa maldiciones contra los avaros y los ladrones, y parece acordarse de todo, ménos de la falta que la llevó á la cárcel.

—Desdichada!—exclamó Avendaño; que apesar de la dureza de su corazón no pudo ménos de conmoverse con tanta desgracia.

El comerciante se despidió del juez haciendo humildes reverencias, y se dirigió á su casa. Al penetrar en su dormitorio se estremeció de horror y cayó de espaldas. Pendiente de una viga del te-

cho vió el cordel con que ataba la bolsa de su tesoro, y en un extremo del cordel á su mujer, que se habia ahorcado.

Acercóse Avendaño algo repuesto de su terror, á una mesa en que habia un papel escrito, y leyéndolo vió que era de su mujer y que decia:

“¡Perdon, perdon para mí! El orgullo y la vanidad me hicieron cometer un crimen, ojalá no hubiera querido pasearme con el dinero de mi marido! ¡Quise salvarme y salvar á mi hija, úni-

cas culpables, y una inocente ha sufrido y está sufriendo por nosotras. ¿Queréis mayor expiación que nuestros remordimientos? ¿No son un castigo de Dios? Mil vidas daría por poder borrar esta mancha de la mía.....El cadalso no es castigo, no es castigo para mí; yo merezco más, una muerte afrentosa.....”

Avendaño se arrodilló y oró; ¡cosa extraña! no por la culpable sino por la víctima inocente de aquel crimen.

ANSELMO DE LA PORTILLA.

(Escrito para este Almanaque.)

## LA VUELTA AL HOGAR.

### I.

Era el instante bello en que la noche  
Se comienza á alejar,  
Cuando dejé llorando con mi madre  
Nuestro querido hogar.

Yo ví triste la aurora del oriente,  
¡Ni las flores se abrian!  
Ni entre los nidos de oro de los árboles  
Las tórtolas gemian!

Y en medio del pesar de la partida,  
El silencio seguía,  
Mi madre y yo callamos y callamos  
Hasta que vino el día!

Y á medida que el Sol iba subiendo  
Mi casa se alejaba,  
Hogar de mi niñez y de mis sueños,  
Donde nunca lloraba!

Lugar feliz donde mi fé crecía  
Al par que los trigales,  
Huerto donde formaron las abejas  
Los más dulces panales.

Todo se iba perdiendo entre las brumas  
De la mañana fria,  
¡Qué harán, pensé al buscarme los corderos,  
Cuando se acabe el día?

Y ví al través de lágrimas sin nombre

Que mi hogar se borraba;  
Y que solo mi madre entre las sombras  
Del porvenir quedaba

No, yo jamás cuando á la huerta lleguen  
Las tiernas golondrinas,  
Podré verlas jugar bajo las sombras  
De las viejas encinas.

Ya nunca entre los juncos de esmeralda  
Del rosal enflorado  
Veré apurar la miel estremeciéndose  
Al colibrí dorado.

Seguimos, y al bajar de la colina  
Los valles que me vieron  
Inocente y alegre y venturoso  
Por siempre se perdieron!

### II.

De entonces han pasado muchos años,  
Pisé muchas espinas,  
Y he visto mil crepúsculos perdiéndose  
En extrañas colinas.

De entonces han pasado muchos días,  
Y entre el perenne duelo  
He pensado en las tierras de mi infancia,  
Y esperado en el cielo.

Hoy vuelvo á tí, lugar de mis delicias,